

## *Misericordia y perdón<sup>1</sup>*

1. Es interesante comprobar cómo la Providencia divina se vale del modo de ser, de las cualidades y defectos de los apóstoles del Señor, para la comprensión y difusión de determinados aspectos del mensaje cristiano. La fogosidad de Juan, la espontaneidad de Pedro o la tenacidad de Pablo resultaron muy valiosas a la hora de ilustrar y extender el Evangelio de Jesucristo.

Lo mismo ocurre, como acabamos de comprobar, con la figura de Tomás. Este apóstol era franco, un tanto escéptico y, sobre todo, tremendamente testarudo. Y al no estar presente con los demás discípulos el día de la resurrección, esa ausencia y su personalidad resultaron más beneficiosas para la Iglesia, que la presencia de todos los demás.

Es célebre el comentario de san Gregorio Magno al respecto: *¿Acaso piensan ustedes que aconteció por pura casualidad que estuviese ausente entonces aquel discípulo elegido, que al volver oyese relatar la aparición, y que al oír dudase, dudando palpase y palpando creyese? No fue por casualidad, sino por disposición de Dios. La divina clemencia actuó de modo admirable para que, tocando el discípulo dubitativo las heridas de la carne de su Maestro, sanara en nosotros las heridas de la incredulidad (...). Así el discípulo, dudando y palpando, se convirtió en testigo de la verdadera resurrección<sup>2</sup>.*

2. Ante la evidencia de las llagas de Cristo, señales de su Pasión, aquel hombre pronunció las maravillosas palabras que tanto bien han hecho a lo largo de la historia cristiana: *Señor mío y Dios mío<sup>3</sup>*. Cuatro palabras inagotables que expresan elocuentemente la emoción de Tomás ante la humanidad y la divinidad de Jesucristo resucitado. Palabras que muchos procuramos repetir, en silencio, al momento de adorar al Santísimo Sacramento en la consagración de la misa o al comenzar un rato de oración delante del Sagrario.

¡Cuánto fruto espiritual han recibido los santos al acercarse a esas benditas llagas de Cristo! San Josemaría, en una carta escrita a un hijo suyo desde Burgos, en plena Guerra Civil española, decía: *Esta mañana, camino de las Huelgas* (un antiguo y famoso monasterio), *a donde fui para hacer mi oración, he descubierto un Mediterráneo* (un amplio y profundo horizonte de lucha interior): *la Llaga Santísima de la mano derecha de mi Señor. Y allí me tienes: todo el día entre besos y adoraciones. ¡Verdaderamente que es amable la Santa Humanidad de nuestro Dios! (...). Si una Herida de Cristo limpia, sana, aquieta, fortalece y enciende y enamora, ¡qué no harán las Cinco abiertas en el madero?<sup>4</sup>.*

---

<sup>1</sup> Homilía II domingo de Pascua o de la Divina Misericordia.

<sup>2</sup> SAN GREGORIO MAGNO, *Homilías sobre el Evangelio*, 26, citado por F. FERNÁNDEZ CARVAJAL, *Hablar con Dios*, II.

<sup>3</sup> Evangelio, Juan, 20, 28.

<sup>4</sup> Carta a Juan Jiménez Vargas, 6-VI-1938, citado por A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, II.

Estas consideraciones nos podrían ayudar a crecer en devoción a Jesús Sacramentado, verdaderamente presente en la Eucaristía. De manera especial, al recibirlo en la Comunión: *dentro de tus llagas, escóndeme*, le hemos dicho tantas veces con una hermosa oración eucarística. Que procuremos hacerlo con más frecuencia. Especialmente en este tiempo de Pascua, en que se nos hace más cercana y entrañable su presencia en la Eucaristía.

3. Otro punto importante de meditación. Desde hace unos años, por iniciativa de san Juan Pablo II, este domingo se llama también de la *Divina Misericordia*. Secundando las revelaciones a santa Faustina, el Papa quiso que en este día todos los fieles experimentáramos, de la manera más viva, la insondable riqueza del amor de Dios por los hombres y, en particular, su perdón a los pecadores.

En efecto, nos cuenta san Juan, testigo presencial, que aquella noche de la resurrección el Señor sopló sobre los apóstoles reunidos en el Cenáculo y les dijo: *Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar*<sup>5</sup>.

La devoción a la imagen de Jesús de la Divina Misericordia, despidiendo los rayos de su amor y alzando la mano derecha para perdonarnos, se ha extendido increíblemente por todo el mundo. Y es un recordatorio muy significativo de la permanente llamada a la conversión que nos dirige la Iglesia. No hace mucho escribía el Papa Francisco: *Nunca me cansaré de insistir en que los confesores sean un verdadero signo de la misericordia del Padre (...). Nunca olvidemos que ser confesores significa participar de la misma misión de Jesús y ser signo concreto de la continuidad de un amor divino que perdona y que salva*<sup>6</sup>.

Como es obvio, estas palabras van orientadas en primer lugar a nosotros los sacerdotes y confesores, pero valen también para los laicos en el ejercicio de lo que san Josemaría llamaba *el apostolado de la confesión*. La tarea urgente de acercar a otras almas a las fuentes de la misericordia divina, haciéndoles partícipes de nuestra propia experiencia.

Que esos amigos y parientes nuestros vean siempre a Jesucristo en el sacerdote católico, a pesar de sus inocultables debilidades humanas o del terrible comportamiento de algunos ministros indignos. Lo que está de por medio es algo muy grande y muy importante. Nada menos que el contacto con la gracia del perdón y de la reconciliación.

4. Queriendo ilustrar esto para ustedes, me acordé de una sencilla anécdota relatada por un gran actor de teatro y cine, el inglés Sir Alec Guinness, entre otras cosas, ganador del oscar al mejor actor por su papel en la memorable película *Puente sobre el río Kwai*.

Él era anglicano, pero algunos amigos suyos, en aquellos años cincuenta, se fueron acercando a la Iglesia Católica y se fueron convirtiendo. Tenía muchas inquietudes pero también muchos prejuicios. Un día le ofrecieron el papel del Padre Brown en una cinta que se filmó entre Francia e Inglaterra. Estaba en Borgoña, vestido de sacerdote, cuando le

---

<sup>5</sup> Evangelio, *Juan 20*, 22-23.

<sup>6</sup> FRANCISCO, Carta Apostólica, *Misericordiae vultus*, n. 17.

informan que no sería necesaria su presencia en unas cuantas horas. Así como estaba, al final de la tarde, se dirige a su pequeño hotel, atravesando el campo. De repente, cuenta en sus memorias: *oí unos pasos brincando detrás de mí y una voz aguda que me llamaba: ¡Padre! Un niño de siete u ocho años me tomó de la mano y, estrechándola con fuerza, se puso a sacudirla, mientras me hablaba sin tino. Estaba muy emocionado y no paraba de saltar y dar brincos. Temeroso de asustarlo con mi pésimo francés, no me atrevía pronunciar palabra. A pesar de ser para él un total desconocido (obviamente, me había tomado por un sacerdote y confiaba en mí). De repente, con un Bonsoir, mon père y una rápida inclinación de cabeza, desapareció a través del agujero de una valla. Mientras él volvía al hogar feliz y reconfortado, a mí me dejó con un extraño sentimiento de euforia y serenidad. Proseguí mi camino pensando que una Iglesia capaz de inspirar tanta confianza en un niño, de propiciar con tanta facilidad la cercanía de sus sacerdotes –aún siendo desconocidos-, no podía ser tan intrigante y horrible como a menudo se pretendía. Así comencé a desprenderme de unos prejuicios aprendidos y arraigados en mí desde tiempo inmemorial<sup>7</sup>.*

*El sacerdote –quien sea- es siempre otro Cristo<sup>8</sup>*, puede leerse en *Camino*. Tengámoslo presente a la hora de acudir, con humildad y contrición, al sacramento de la misericordia divina que es la confesión.

5. Que la dulzura de la Madre de la Misericordia, la Virgen María, nos acompañe en todo momento. Especialmente cuando nos cueste un poco de más trabajo reconocer nuestras faltas y manifestarlas abiertamente en el sacramento para obtener la absolución.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 8 de abril de 2018

---

<sup>7</sup> A.GUINNESS, *Blessings in Disguise* (autobiografía), citado por J. PEARCE, *Escritores conversos*.

<sup>8</sup> SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 66.